



DON CARLOS Y DOÑA LAURA.

REFIERENSE LOS TRAGICOS SUCESOS, QUE
por una comadre pasaron, y el dichoso fin que tu-
vieron; con todo lo demás que verá
el curioso Lector.

PRIMERA PARTE.

Yerta la voz y el sentido
embargado y sin aliento,
pasó, ay cielo! á referir
el mas trágico suceso,
que vió el mundo, ni se ha escrito
en los anales del tiempo,
y para que á mis oyentes

sirva este caso de egemplo
atencion, porque mi pluma,
con acelerado vuelo,
velocísima pretende
salir de tan árduo empeño.
En el pais dilatado
de Milán, parque y recreo

de umbrosas amenidades,
yace amenísimo asiento
la gran ciudad de Pavía,
en cuyo parage excelso,
y puente de su ribera,
con bien templados aceros
cantó la victoria España,
y Francia lloró lo adverso,
y prision del Rey Francisco,
que por memorable hecho,
lo eternizan las historias,
y lo celebran los tiempos.
Allí, pues, nació Don Carlos
á quien viene de derecho,
por su ilustrísima sangre,
Guzman, Medina y Pacheco.
Este, pues, del dios vendado,
observó la ley, pues ciego
tropezó con la hermosura
de una dama, á quien el cielo,
y naturaleza ha dado
tanta belleza, que puedo,
sin tocar á su pintura
decir, que es segunda Venus.
Paseábale la calle,
hacia su casa templo
de adoracion de su gusto,
pasando sus devanéos
á tanto, que dió á entender
á la ciudad el galanteo
de Doña Laura de Castro,
que ya rendida á los ruegos,
y promesas de un papel,
satisfizo á su deseo;
y una noche, que el amor
buscaba á su mal remedio,
tuvo Don Carlos la dicha
de hablarla, siendo el terreno
lo apacible de un jardin,
á donde los dos se dieron,

en comedidas razones,
palabra de casamiento,
quedando todas las flore
ajadas, de ver lo terso
de su hermoso rosicler,
tanto, que sin privilegios
vido el clavel á la rosa,
y el jazmin que estaba opuesto
á sus manos, se miró
en el cristal de su cuello,
y vido, que por entonces
pasaba plaza de negro
tan bozal, que le negó
la fuente el conocimiento,
de cuyo desprecio á Laura
se ha quejado tan sediento,
que en vez de mirarse alegre
se vió triste y macilento;
entre cuyas glorias pasan
los cortesés cumplimientos,
despidiéndose los dos
con voluntad y respeto,
leyes que la cortedad
suele disponer en medio
de la atencion y el amor,
estando el corazon preso.
Y con gusto de ambas partes
se casaron, porque en ello
interesaban los padres,
mucho mas por ser Pacheco
hijo de un gran potentado,
y legítimo heredero
de la casa (que aun no es
en lo que toca al dinero,
nada mas que Doña Laura)
con que así los dos vivieron
unánimes y conformes,
gozando en dulce Himeneo
los recíprocos cariños,
que ofrecen lo verdadero

de dos tan finos amantes,
con fidelidad y contento.
Y despues de haber pasado
tres años, sin que del cielo
tuviesen la sucesion,
pidieron á Dios con ruegos,
y oraciones, que les diese
un hijo para recreo
de su casa, porque es
este su mayor deseo.
Y pasando algunos dias,
llegó el dia de San Pedro,
y sintiendose preñada
Doña Laura con acuerdo.
manifestóle á su esposo
la merced que Dios le ha hecho.
El qual viendo que su esposa
estaba en cinta, con celo
catolísimo dispuso
una fiesta al Sacramento,
y á San Pedro un novenario,
con angélicos obsequios;
á tiempo que otra señora,
pagada de lo discreto
de su persona, se vido
rendida con tanto extremo,
que ella misma dió á entender
sus mal nacidos deseos;
y el Caballero ignorante
de este amor, faltó al cortejo
de sus rendidas finezas,
por no conocer su intento:
y la dama enamorada,
juzgando fuese desprecio,
iicitada del demonio,
solicitó con secreto
á la comadre, y le dixo
debaxo de juramento,
que si quando Doña Laura
pariese, lográra el medio

de matar ó de quitar
delante el infante tierno,
le ofrecia un gran regalo,
y despues pagar á peso
de plata, sin reparar
en el mas subido precio.
Llegó el dia deseado
de Don Carlos, y pariendo
Doña Laura un niño hermoso,
y una niña, á quien el cielo
fixó en medio de sus frentes
una estrella y un letrero
de tan bien formadas letras,
que cifradas van diciendo
el suceso de este asunto.
Y admirado el Caballero,
preguntóle á la Comadre
muy alegre y placentero,
si podia ser aquella
felicidad, y respondiendo,
que era su esposa una falsa
que con cautela y enredos
lo ha pretendido engañar,
y que era digna por cierto,
de darle cruel castigo.
A cuya sazón y tiempo
se ha valido de una esclava,
á la cual se fue arguyendo,
que mirase á su señor,
y no creyese embelecós;
y que si acaso queria
salir de aquel cautiverio,
le daria de su parte
en oro doscientos pesos,
y despues la libertad,
si le ayudaba á su intento.
Consintió la esclava, y dió
ayuda á tal desacierto,
pues inducida de aquel
bien diabólico consejo,

llevóse á un mirador
muy retirado, y cogiendo
los dos infantes, metidos
en una espuerta, embueltos
en un paño; los echó
por un capáz agujero,
ó cisterna de palacio,
que viéne á caer al cerro,
para que de golpe mueran,
ó se los coman los perros.
Y ya aquietado el palacio,
bolvió la comadre á tiempo,
que tomó la cantidad,
y dió á la esclava el dinero,
y tambien la libertad:
(segun tenia propuesto)
permitió Dios de que un viejo
leñador llegó á aquel sitio,
que con cuidado y anhelo
pasaba á su humilde choza
á descansar, y atendiendo
á los delicados gritos,
lo suspendieron los ecos,
y parando su pollina,
desmontada, llegó á ellos,
y cogiéndoles á entrambos
en los brazos, y subiendo

en la jumenta, á su choza
se los llevó, donde hicieron
él y su esposa bastantes
diligencias, previniendo
el modo de alimentarlos;
y por faltarles los medios,
á los pechos de una cabra,
con bien paternal aseo
los han criado, y han dado
el bautismo, y les pusieron,
á la niña Doña Ambrosia
de la Estrella, y asimesmo
á el infante Cayetano
Florentin, siendo de aquestos
un Colmenero padrino,
que habita en aquel desierto.
Cuenta, y tengan el cuidado,
y pongan todo el desvelo
en la que egerce el oficio
de comadre, porque han hecho
esto, y otras cosas muchas
por codicia del dinero,
que allá en la segunda parte
referirá por extenso
el maestro Manuel Diaz,
el fin que los dos tuvieron.

F I N.